

Vacíos de la política cupular

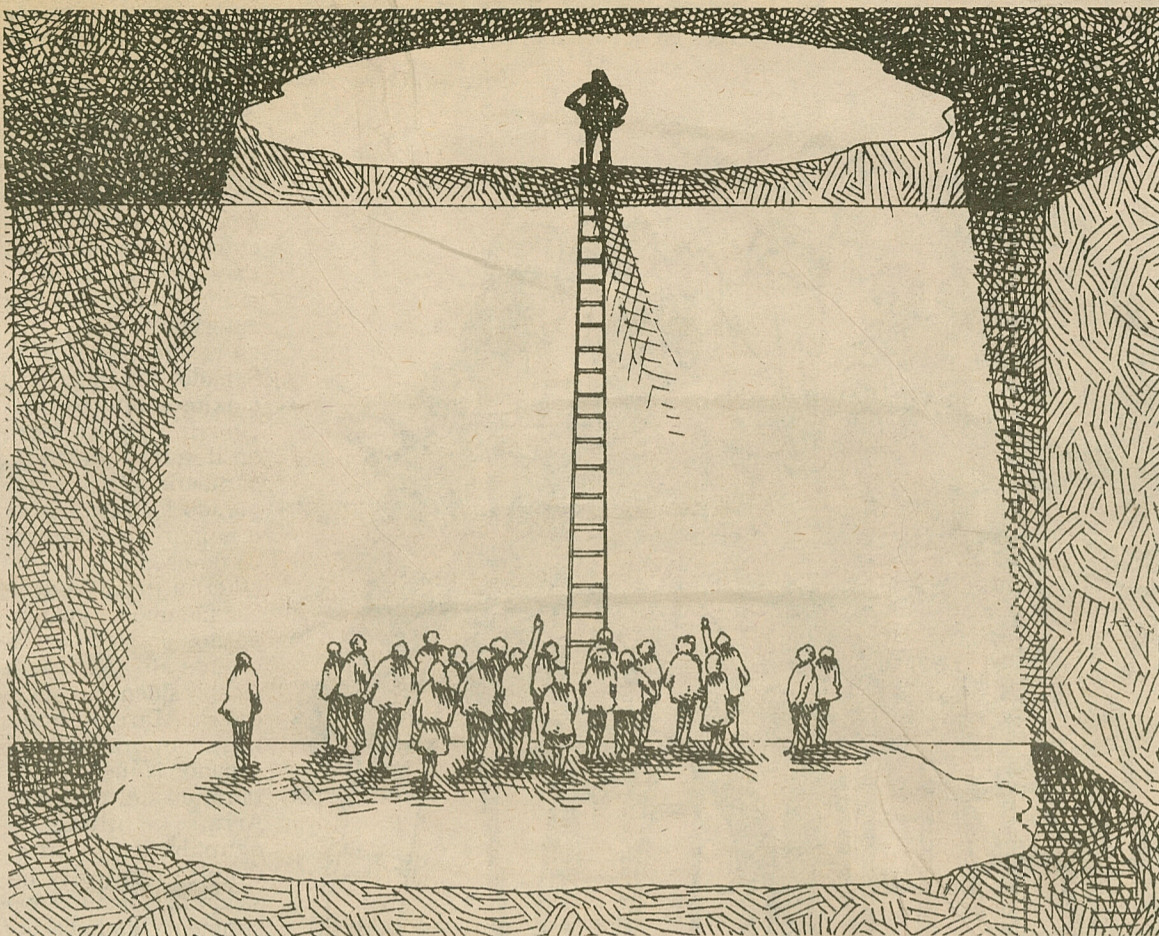
LUIS CIFUENTES S.

CATHERINE KANNER - OP ART

En lo que constituye un récord personal, mi artículo *Max Neef o la anticomplacencia* (*La Época*, 3 de enero) fue editorialmente respondido a las 24 horas de publicado (*Más allá de Max Neef*, *El Siglo*, 4 enero). No es mi intención rebatir las afirmaciones allí hechas, sino más bien abundar sobre el tema.

Es válido preguntarse hasta qué punto hay lugar en el mundo de hoy para un movimiento alternativo como el instigado por Manfred Max Neef. La "cultura del contamiento" anunciada por Galbraith parece, en verdad, haber invadido el planeta. Los proyectos colectivos de trascendencia histórica han dado paso a los proyectos individuales en el marco del neoliberalismo. Los grandes movimientos, las manifestaciones multitudinarias, son cosas del pasado. Durante la reciente campaña, ni Frei ni Alessandri se atrevieron a llamar a una concentración de sus partidarios en el Parque O'Higgins, como era costumbre hasta hace poco más de 20 años. Hoy el pequeño *court* central del Estadio Nacional parece ser más que amplio para acoger a los entusiastas de todos los colores. Cuando éste quede grande, será costo efectivo utilizarlo para concentraciones conjuntas. Lo dijo el poeta: "La izquierda y la derecha unidas jamás serán vencidas".

Se ha dicho que los partidos políticos se han transformado, de núcleos ideológicos y generadores de utopías, en eficaces centros de administración de una realidad que cuestiona poco y nada y en cuarteles de reclutamiento de funcionarios estatales. Los llamados al heroísmo han sido reemplazados por una lluvia de *curricula vitae*. Las fracciones partidarias, que algún tiempo representaban propuestas políti-



cas diferentes, hoy son apenas grupos de amigos que se apoyan mutuamente en la búsqueda de posiciones de poder.

Si en el pasado el riesgo de los partidos residía en el fanatismo y la polarización social, hoy sus riesgos mayores son el enquistamiento y la corrupción. Aun cuando no dudo de la honestidad y conse-

cuencia de no pocos militantes en todos los partidos, creo que las tendencias señaladas existen

y son poderosas.

Dado que las pugnas internas no se dan en el ámbito de la Wel-

desaparecido, lo que está redundando en un empobrecimiento agudo del debate nacional.

Se ha dicho que los partidos políticos se han transformado, de núcleos ideológicos y generadores de utopías, en eficaces centros de administración de una realidad que cuestiona poco y nada y en cuarteles de reclutamiento de funcionarios estatales.

tanschauung, ni del gran cambio global, la discusión sobre temas trascendentes prácticamente ha

Buena parte de la intelectualidad (tal vez la más notoria y taquillera) ha pasado a ser funcionaria o

parafuncionaria, abandonando su papel generador de ideas. Las universidades, golpeadas, molidas y domadas por 17 años de dictadura, se ven hoy mesmerizadas por la política del reparto de puestos y fondos estatales. Ya no se habla de conciencia crítica. Empero, una sociedad sin cuestionamiento, sin ideas refrescantes, sin contrastación de visiones de futuro, tiende al anquilosamiento y a la autocomplacencia. Tanto el nuevo papel de los partidos como la pobreza del debate generan vacíos de dimensión y trascendencia nacionales.

Adicionalmente, la política agitatoria del pasado, con su violencia callejera, sus tomas de panaderías y sus llamados a nacionalizar los buques maniceros, quedó desprestigiada. La política es hoy una tarea dejada en manos de especialistas. No en vano hay nueve ministros con PhD y otros tantos con *masters* en el futuro gabinete. Los complejos temas del Estado, la representación popular, la macroeconomía, las relaciones exteriores, etcétera, son el ámbito de un club, no enteramente cerrado, pero minúsculo. El pueblo, o, como se dice hoy, la "gente", ha sido relegado al papel de espectador, de partidario tácito, al que se acude cada cuatro, seis u ocho años para que se pronuncie de la manera más inofensiva posible: el voto. Y éste sólo puede conducir a la elección de candidatos de dos coaliciones que practican, entre ellas, un activo y cordial consenso. La participación ciudadana, la movilización de las bases sociales, ya ni se mencionan. Este estilo de hacer política, bien conocido como *cupular*, deja un vacío más en el tejido social, institucional y cultural de la nación.

Luis Cifuentes S. es escritor e investigador.

En estos días que concluye una transición a la democracia abundan los homenajes, muy merecidos, al gobierno que termina y, especialmente, al Presidente de la República y sus ministros. Estos reconocimientos se extienden, también, a los partidos políticos y al Parlamento, que han sabido encontrar fórmulas de consenso para compatibilizar el tránsito a la democracia con el progreso, la tranquilidad social y la inversión.

No han quedado ajenos a estos homenajes las organizaciones empresariales y laborales, las iglesias, el mundo académico, las Fuerzas Armadas y, en general, un conjunto de actividades relevantes de nuestro país.

En esta oportunidad creemos oportuno recordar a otras personas y entidades, que muchas veces se olvidan, y que fueron decisivas, primero para recuperar la democracia y después para estabilizarla.

Nos referimos, en primer término, a los detenidos desaparecidos, ejecutados políticos y sus familiares, que con su dolor despertaron conciencias dormidas y movilizaron a millares de personas en defensa de la vida y la dignidad humana. Todas estas personas son sangre y sal de nuestro renacer a la libertad y como tales debemos

Tiempos de homenaje y recuerdos

ANDRÉS AYLWIN A.

reconocerlas.

Nos referimos también a aquellos cientos de miles de personas que quedaron cesantes o debieron soportar los humillantes trabajos en el PEM o en el POJH, todo ello como un frío "costo social" supuestamente necesario para el progreso. El sufrimiento de estas personas y de muchas otras víctimas de las peores injusticias tampoco puede ser olvidado.

Nos referimos igualmente a cientos de miles de personas, especialmente jóvenes, que un día, frente a la extrema crueldad, alzaron su rostro y se movilizaron activamente en defensa de la libertad de su patria, sufriendo golpes, vejámenes, prisiones, relegación, exilio o muerte. En este último aspecto, afirmamos que no es efectiva la historia que hoy nos relatan aquellos "hombres corchos" que ayer dirigieron o usufructuaron del autoritarismo y que hoy nos cuentan de la generosidad de un gobierno dictatorial que espontánea-

mente determinó su fin. La verdad es otra: fue especialmente el dolor de la patria movilizadora y nubes grises anunciando posibles tempestades, lo que impuso decisiones gubernamentales no anheladas.

Olvidar esas movilizaciones y esos dolores, como fuente, en parte al menos, de la libertad que hoy gozamos, es negar el sentido heroico de muchas luchas por la libertad y, especialmente, es desconocer el sacrificio de seres anónimos que merecen nuestro reconocimiento.

Sin embargo, la contribución de estas personas no podemos ligarla sólo con la conquista de la democracia. Además ellas han tenido paciencia para esperar, espíritu abierto para entender amarres y estorbos legales; generosidades infinitas para postergar justas reivindicaciones.

El Presidente de la República ha dicho, hace algunos días, que el mercado suele ser demasiado cruel para muchas personas. Ello es cierto. Sin embargo, las vícti-

mas de tal crueldad no han respondido a ella con otras crueldades, sino con solidaridades infinitas.

Solidaridad, en el mundo de los marginados, es pan escaso abundantemente compartido. Y es, también, postergar justas exigencias en aras de la tranquilidad de todos.

Por eso, en estos tiempos de balance, nos parece justo rendir un homenaje también a todos estos seres anónimos que han contribuido con su sacrificio a consolidar la democracia.

La historia no sólo la construyen los grupos humanos dirigentes, sino también, y a veces especialmente, las grandes masas anónimas que con su dolor despertaron la conciencia colectiva y con su sabiduría y generosidad son capaces de dar estabilidad a los grandes proyectos que procuran sustituir la arbitrariedad por la democracia.

Reconocer esta realidad es planteamos, también, el desafío ético de construir un mundo donde existan menos diferencias y más solidaridad, participación y equidad.

Andrés Aylwin Azócar es diputado por San Bernardo.